

# Memòries de l'Acadèmia Mallorquina d'Estudis Genealògics, Heràldics i Històrics

Primera època  
Tom 1-4  
1953 -1955



**Edició facsímil**  
**Any 2000**

# Memorias de la Academia Mallorquina de Estudios Genealógicos



Año II

Palma de Mallorca  
Marzo 1954

Núm. IV-V

# SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Filiación de los Montcada que asistieron con la conquista de Mallorca <i>por Jaime Cirera Prim</i>	101
Las hojas de servicios militares del Regimiento de Milicias Provinciales de Mallorca de 1788 pruebas de Nobleza e Hidalguía . . . <i>por José-Francisco Maroto y Coll</i>	113
Regimiento Provincial de Mallorca en 1788 . . . . .	121
Breve relación histórica referente a la erección de una hermosa Capilla de la Iglesia del Convento de los PP. Agustinos de la ciudad de Barcelona, dedicada al culto de nuestra Santa, Sor Catalina Tomás. . . . .	126
	<i>por el Marqués de Ariany</i>
Antecedentes genealógicos . . . . .	134
Breve reseña de la Orden del Santo Sepulcro presentada a S. M. el Rey D. Alfonso XIII el 25 de julio de 1904 por el Excmo. Sr. D. Manuel de Mata . . . . .	136
Noticiario académico y Balear. . . . .	144

---

*La Academia hace constar que cada autor es el único responsable del contenido de sus artículos e inserciones.*

---

BREVE RELACIÓN HISTÓRICA REFERENTE A LA  
ERECCIÓN DE UNA HERMOSA CAPILLA DE LA  
IGLESIA DEL CONVENTO DE LOS PP. AGUSTINOS  
DE LA CIUDAD DE BARCELONA, DEDICADA AL  
CULTO DE NUESTRA SANTA, SOR CATALINA

THOMÁS

*por el Marqués de Ariany*

Esta hermosa capilla, hoy tristemente desaparecida, fué levantada, como veremos en seguida, en 1795, y en la propia ciudad, por D. Francisco Cotoner y Salas, que al regresar a su país, sano y salvo, de vuelta de las campañas del Rosellón y Cataluña, con el corazón henchido de gratitud y entusiasmo, erigió para hacer patente su agradecimiento por haberle librado de los peligros que le acecharon en los campos de batalla. Y este agradecimiento, repito, se hace bien ostensible en una carta que éste escribió a su cuñado, el Cardinal Despuig, en la que, entre otras cosas, le dice que su deseo hubiese sido levantar un altar a la Santa en cada uno de los lugares donde corrió mayores riesgos, pero como ésto no le fué posible, esperó mejor ocasión. Y la oportunidad esperada se le brindó a su llegada a Barcelona, una vez terminadas estas contiendas.

Y, antes de seguir adelante, creo pertinente hacer un poco de historia de lo que fueron estas tropas, con las que combatió D. Francisco. Como es sabido, y para luchar contra los franceses, se formaron en Mallorca dos batallones de Granaderos Provinciales, integrados, en su mayoría, por la gente más distinguida de la Isla. Cada una de estas unidades iba mandada por un miembro de la nobleza insular. La primera por D. Francisco Dameto y Dameto, marqués de Bellpuig y la segunda por el entonces coronel, D. Francisco Cotoner y Salas. Estas fuerzas, como es lógico suponer, tenían una misión táctica que cumplir y un objetivo que alcanzar. La misión que les cupo en suerte a los batallones mallorquines era, nada menos, desembarcar en el puerto de Tolón y atacar su plaza fuerte.

La campaña, pues, que emprendieron nuestros paisanos, aparte de tener puntas y ribetes de gran empresa bélica, se caracterizaba por un marcado sentido político y, al decir de un autor moderno, esencialmente ideológica. Y, por ende, se trataba de salvaguardar el dogma de la religión y la monarquía, holladas al otro lado del Pirineo, poniendo en la frontera francesa ejércitos de previsión. Estos ideales, por los cuales España no ha dejado de combatir desde que existe y que constituyen por tanto, como dijo nuestro mártir, Ramiro de Maeztu, la médula hispánica, impulsaban a los esforzados granaderos mallorquines a luchar en tierras de Francia, en condiciones, por cierto, muy desfavorables, como veremos seguidamente. Mas en su ánimo estaba el convencimiento de que, al no poner el dique, la riada revolucionaria irrumpiría por por toda España, a través de la frontera con el país vecino.

La subida al cadalso del último Capeto, en enero de 1793, produjo en nuestra isla un estupor sin precedentes, y, el «terror», naturalmente, hizo reaccionar a nuestro pueblo, de tan acusada tradición religiosa y monárquica, en un sentido marcadamente atirrevolucionario. Contribuyó, también, a formar este ambiente un suceso memorable y propicio para la exaltación religiosa. Fué, éste, la llegada del Breve Pontificio, por tanto tiempo esperado, con el decreto de beatificación de nuestra ínclita paisana, Sor Catalina Thomás. Lo que determinó la celebración de unos festejos, ininterrumpidos, que duraron dos meses consecutivos, a partir del 20 de octubre de 1792 y en los que tomaron parte todas las clases sociales con indescriptible fervor y entusiasmo. Este hecho memorable y trascendental, que como hemos dicho, tuvo tan devota acogida por parte del siempre piadoso pueblo mallorquín, repercutió de manera sensible en la moral combativa de las fuerzas destinadas a luchar con los hijos espurios de la dulce Francia. Y en sus pechos llameaba el fuego de una fe y una unción capaces, por si solas, de oponerse a las ideas destructivas que, prendidas en sus bayonetas, traían los soldados de la Convención. Así, pues, los granaderos de Mallorca encontraron, en la Beata, una protección en los avatares de la guerra y, bajo su égida, abandonaron las islas luminosas guiados por otras luces que brillaban mucho más allá.

Don Francisco, que contaba a la sazón setenta años, lo cual no obraba en detrimento de su espíritu siempre joven, partió de la isla para la vecina y, entonces, recién nacida República, acompañado de su hijo, D. José Cotoner y Despuig, alférez de su batallón, el día 19 de septiembre de 1793. Al pronto, puede parecer extraño que un hombre a tan avanzada edad se embarcase en una aventura de tal magnitud, mas para los que conocieron y trataron a Don Francisco no fué motivo de sorpresa. Era Don Francisco Cotoner y Salas un hombre de profundas convicciones religiosas, de acendrado patriotismo y, por añadidura, fiel cumplidor de sus deberes de cristiano y español. Con tales virtudes no era raro que en su cuerpo añoso vibrasen nuevas fuentes de ener-

gía y juventud. Y prueba de ello fué que, reiteradamente, solicitó del Rey de España el mando de una de las unidades expedicionarias, alegando ser, en aquel momento, el coronel más viejo de Mallorca.

Tan inquebrantable resolución, como era de esperar, halló pronto eco en su cuñado, el cual le demuestra por escrito su satisfacción y alaba su decisión de servir a la patria con la exaltación de un mozo de veinte años. Y en otra carta, fechada el 3 de octubre, ruega le envíe la lista de los oficiales del cuerpo expedicionario para recomendarlos a la eficaz protección de la Beata mallorquina.

Verdaderamente, los hombres de Cotoner y de Dameto nunca estuvieron tan necesitados de buenos intermediarios con el Cielo como en aquella ocasión. Prueba de ello es la transcripción que hacemos de un oficio del general Ricardos, General en Jefe de las tropas operantes, en el que dice lo siguiente: «Fuimos —dice— a la lucha sin organización, sin medios de defensa, calificando nuestra empresa casi de aventura, pues los éxitos de al principio nos llevaron más allá de lo que pensábamos; sin preocuparnos de asegurar nuestra retirada. Y añade, como ejemplo, que los regimientos de granaderos iban al ataque, las más de las veces, sin comisiones, pero con la frescura y unión que pudiera hacerse en una parada y con sólo tres raciones de pan para cinco días».

Esta declaración, harto significativa, de Don Antonio Ricardos y Carriello, viene a corroborar lo que con anterioridad, expusimos.

Sin embargo, pese a lo desventajoso del caso, las penalidades no hicieron mella en su elevado espíritu militar y, los granaderos de Mallorca, escribieron con sudores y sangre una de las páginas más hermosas, para añadirla, en su día, al historial castrense de España. Y se atacó la plaza fuerte de Tolón. Se combatió con fiereza, sin darse tregua ni descanso, denodadamente. Tanto es así que, al retirarse nuestras tropas, abandonando la plaza, y dado lo apurado de la situación, tuvo que desprenderse por una cuerda desde lo alto de las murallas Don Francisco Cotoner, a pesar de su ancianidad, lo que consta en su hoja de servicios.

Innecesario sería, ahora, emitir un juicio crítico sobre este hecho de armas que, por otra parte, no me incumbe y me apartaría del propósito que me anima al escribir estas líneas. No obstante, me es imposible silenciar lo que de esta plaza fuerte, tan reciamente disputada, dijo un escritor de nuestro tiempo, que, con juicio imparcial, califica a aquella fortaleza como una Covadonga restaurada de las ideas monárquicas. Y un bastión, arquetipo de tales ideales, hubiese sido al no surgir de improviso, en las filas revolucionarias, un oficial de artillería, enclenque y lampiño, que dió al traste con su fama de inexpugnable y cuyo nombre voló, por todas partes, con la rapidez, de un rayo. Este oficial, cuya exigua talla no fué obstáculo para que su sombra achatada se extendiese por toda Europa, había nacido en Ajaccio y se llamaba Napoleón Victor Bonaparte.

Tras esta acción, que le valió a Cotoner el ascenso a general de División, se inició el repliegue de nuestras fuerzas. Don Francisco continuó batiéndose en las primeras líneas de San Luís y Balaguer, entrando en la brecha al frente de sus granaderos con una oración en los labios y un bastón en la mano. En el bastón apoyaba los alifafes de septuagenario y en el rezo sus esperanzas de ganar el Cielo. Nunca dejó Cotoner de rezar el Rosario diariamente y tan inveterada costumbre no le abandonó durante la campaña. Avanzaba siempre, impertérrito, entonando las excelsitudes de la Virgen en voz alta, mientras al latín cristiano de la letanía se unía el horrisono rumor de la batalla.

Posteriormente, fué nombrado Jefe del Estado Mayor del general Belvis de Moncada, conde de Villariego, hermano del marqués de Mondéjar Don Juan de la Cruz Belvis de Moncada, Mayordomo de S. M., Caballero del Toisón de Oro y de Carlos III, que, al igual que Don Francisco Cotoner y Salas, era tercer abuelo de Dña. Luísa Cotoner y Alvarez de las Asturias Bohorques, cuando precisamente, los tratadistas afirmaban que el conde de la Unión merecería el adjetivo de gran estratega, mas lo cierto es que, en estos críticos momentos, este general ofreció abundante material al descontento, a la ruína y dejó deshecha la obra del general Ricardos. La rendición del castillo de Belgarde determinó la retirada definitiva de nuestros ejércitos, que abandonaron las grandes líneas defensivas. Esto dió ocasión a los franceses para lanzarse contra los nuestros con todas sus fuerzas. Y, en un combate decisivo, arrollarnos. Por este medio trataban de afrontar la anhelada ocupación de Cataluña. La acción a que nos referimos tuvo principio el 17 de noviembre de 1794 y en ella, el general Anquerian destrozó el ala izquierda de nuestra formación estratégica, entretanto, la derecha, mandada por el vizconde de Goan y Belvis de Moncada, frustraba el intento de envolvernos.

De esta batalla nos da cuenta particular el Cardenal Despuig y demuestra su gran interés en el curso de la campaña y por la suerte que corrieron sus paisanos. La carta dice así: «Por correo me ha llegado la noticia de que tu regimiento se ha lucido, porque Belvis de Moncada, con su División, ha sido el único que ha resistido la artillería enemiga. Dios bendiga a todos los mallorquines que en ella han tomado parte, a quienes escribo escribiéndote a ti. Estoy lleno de satisfacción y quisiera acompañaros en la batalla o que me acompañarais vosotros pronto en la paz» (esta carta del purpurado mallorquín está fechada el 13 de diciembre de 1794).

A pesar de este momentáneo triunfo, la sucesiva acción del día 20 significó la concluyente retirada de nuestros efectivos bélicos a la plaza de Figueras, tras la muerte del conde de la Unión, y sin ninguna resistencia. Tanto es así que todavía se discute, si tal descalabro, fué debido a cobardía, a impericia o, simplemente, a traidores y turbios manejos.

Hemos relatado, quizás con demasiado detenimiento, los pormenores de estas campañas, mas sólo ha sido con el afán de evidenciar la protección que nuestra Santa dispensó a los contingentes mallorquines en los altibajos de la guerra. Por esto, tal vez, dejamos un poco aparte la idea que dió origen a estas líneas, y al examinar la concatenación de los hechos, quisimos hallar la justificada existencia de la capilla que, otrora, se erigió en Barcelona bajo la advocación de la «Beateta».

Cumplido, pues, nuestro propósito al poner bien de manifiesto por qué D. Francisco Cotoner sintióse en deuda con tan valiosa intercesora, pasemos a reseñar, lo más sucintamente posible, cómo este cristiano caballero cumplió en la paz lo prometido durante el combate. Pero antes de continuar cedo a la tentación de intercalar, de nuevo, una carta del Cardenal Despuig que rezuma fe y optimismo por todos sus renglones. Dice así: Ya ves tú (la dirige a su cuñado) cuán visiblemente nos ha asistido nuestra Madre del Cielo por intercesión de nuestra Santa, pues ¿cómo había yo, sin su intercesión pensar encontrarme a los 48 años arzobispo de Valencia y tú a los 70 resistiendo unas fatigas y librándote de unos peligros como los que has pasado, según me refieren en Madrid, como cosa milagrosa, Gravina, Lángara y otros generales? Lo que importa ahora es quietud para curarte la herida de la pierna».

Don Francisco eligió para tal fin el antiguo convento de monjas agustinas canonesas, existente entonces en la Ribera de San Juan, allí se levantó la capilla y se dió culto público a la Beata Catalina Thomás.

Este convento fué uno de los monasterios más antiguos de Barcelona, pues su fundación se remonta al reinado de Don Pedro III de Aragón, que lo erigió y en el que profesó después una princesa, sobrina de Don Fernando de Antequera. Siguiendo su historia, vemos que, en los cinco siglos que nos separan de dicha fundación, sufrió numerosos reveses hasta su desaparición en 1877, devastada por las llamas de un voraz incendio.

Sin embargo, gracias a unas correspondencia sostenida entre Don Francisco y el padre agustino D. Joaquín Noguero, dándole cuenta de las obras de la capilla por él costeadas, y sin omitir incidente, como verá el lector, se desprende que la inauguración y bendición de ésta debió ser posterior al 28 de mayo de 1796, puesto que hasta esta fecha no estuvo terminado, y dispuesto para ser colocado en él, el cuadro con la imagen de la Santa. Obra pictórica debida al pincel del artista catalán Don Pedro Montaña y que bien merece una descripción. En él aparecía la gentil figura de la Santa monja sobre nubes de celestial esplendor, de hinojos, y teniendo a su derecha un ángel bellissimo, el cual, también arrodillado, llevaba en sus manos, a modo de ofrenda, el pan de azúcar, símbolo peculiar de su santidad. Pese a esta descripción, y para formarnos una idea cabal de esta obra pictórica, así como del



favorable juicio que mereció del público en general, copiamos una carta del autor: «Sr. D. Francisco Cotoner, Brigadier de los Reales Ejércitos. Muy Sr. mío y mi mayor favorecedor: En cumplimiento de mi obligación debo decirle a V. S. cómo se colocó el cuadro de la Beata Catalina Thomás en la iglesia de los PP. Agustinos, en el mismo lugar que V. S. dispuso, cuya obra ha merecido el mayor aplauso del público, que dice que es la de mejor gusto que tendrán dichos padres. La devoción con que se venera la Beata es grande y según tengo entendido se trata de hacerle un novenario muy solemne, todo lo cual se debe al celo religioso de V. S. y no dudo que Dios premiará las santas intenciones de V. S.»

Seguidamente transcribiremos otra carta del pintor, fechada en Barcelona el cuatro de junio. He aquí lo que dice: «Una vez colocado el cuadro, paso a cobrar las cien libras catalanas en que se había ajustado la obra. Por fin queda V. S. con la satisfacción de ver colocado el cuadro con elogio general y espero me avisará dónde debo acudir para cobrar su importe. Y termina saludando a Don José Cotoner y Despuig, su hijo primogénito, oficial de Granaderos Provinciales del regimiento de su padre. Ruego a Dios le dilate la vida muchos años». Firmada en Barcelona el cuatro de junio de 1796 por Don Pedro Pablo Montaña.

Anterior a ésta, del 28 de mayo del mismo año, existe otra carta del Padre Noguerol por la que podemos completar la información que tenemos sobre este acontecimiento religioso en la Ciudad Condal. Noguerol se expresa en estos términos: «Con respecto al dibujo para tirar las estampas —le dice a Dn Francisco Cotoner—, que fué éste tomado del mismo lienzo, convendría que V. S. le escribiese activando el asunto». Por estos datos colegimos que las estampas fueron diseñadas por el mismo autor, aunque la imagen de la Santa fuese obra de un escultor mallorquín, cuyo nombre desconocemos y muy de veras lo sentimos, ya que su valoración artística la colocaba entre las primeras en su género.

Tuvo, en verdad, mucho éxito la obra escultórica de nuestro incógnito paisano y prueba de ello fué que la venerada imagen tuvo que recorrer conventos y casas particulares, por espacio de quince días, atendiendo a las innúmeras peticiones de unos y de otros. En este peregrinar de la Santa por la ciudad catalana, bien en un cenobio, bien adornando cristianos hogares, como hemos dicho, despertó una corriente de piadosa simpatía, de esperanzas en los favores de la humilde payesa valldemosina. Todos, pues, nobles y plebeyos, coadyuvaron a intensificar la devoción por quien tan mansamente había escalado las más altas gradas de la santidad. Y, por ende, las más linajudas familias barcelonesas quisieron tenerla unos días en su compañía, como por ejemplo, los Marqueses de Palmerola, la Condesa Vda. de Santa Coloma, condesa de Sarriera, D. Felipe Alemany y otros.

Para terminar de completar las noticias que tenemos de esta capilla, como dato curioso, y antes de pasar a describir su solemne bendición, copiamos el recibo del maestro escultor y dorador, José Mas y Rubí, que fué quien la realizó por orden y cuenta de Dn. Francisco Cotoner. Textualmente dice: «He recibido del Ilustre P. D. Francisco Noguero, por encargo de D. Francisco Cotoner, Brigadier de los Reales Ejércitos, residente en Palma de Mallorca, 113 libras, 16 sueldos y 3 dineros, moneda barcelonesa, cuya cantidad es buena cuenta de las ciento cuarenta libras en que quedó ajustado el altar, gradas y guarnición del cuadro y cuarenta libras de las columnas y demás arquitecturas y en fingir los mármoles de dicha mesa y dorar gradas y guarniciones con sus mármoles respectivos, cuya suma total importa 180 libras. Barcelona, 28 de mayo de 1796. Firmado José Más Rubí, dorador.

En esta misma fecha se había de celebrar la bendición y cultos en la flamante y recién terminada capilla, pero como si sobre ella pesase la fuerza de un maleficio, que gravitaría sobre la iglesia hasta su fatal destrucción, tuvo que aplazarse sine die por causa de la indisposición del orador sagrado que tenía que predicar las glorias de nuestra Santa y, por si esto fuera poco, persona, que a criterio del P. Noguero, muy difícil de sustituir por la especial circunstancia de ser, o estar considerado, pariente de la familia de la Beata Catalina, lo que, como es lógico presumir, daba a la función un carácter especial que, a no dudarlo, ningún otro hubiese podido prestar.

Las causas de este incidente nos las da el P. Noguero con estas palabras: «Los pretendidos parientes de la Beata son unos tal Ametler, procedentes de la villa de Granollers, ahora boticarios de esta ciudad, a cuya casa y familia pertenece el religioso del convento que debía predicar el día de la bendición de nuestra capilla y que por causa de una grandísima flucción ha sido preciso enviarle a tomar las aguas de Caldas. Al presente, nuestro predicador se encuentra en Granollers con este motivo —dice el P. Noguero— le he escrito para que vea de informarse de los más ancianos de la villa sobre la parentela y familia de la Beata, a ver si de tradición se puede saber algo de la genealogía de la Santa». A mí me han informado que los abuelos de la Santa eran de una villa llamada Cardedeu, distante siete leguas de Barcelona y que de allí pasaron a establecerse en Granollers como colonos de una finca rústica y que, finalmente, por los trastornos de la guerra de este principado se ausentaron de aquí, yendo a parar a Mallorca. No sé lo que pueda tener de cierto esta versión. Veremos la relación que de todo esto me hagan los de Granollers. Así termina el P. Noguero. Y es lástima que esta esperada información no haya tenido efecto en alguna de sus cartas, puesto que con ello podía esclarecerse el origen de la familia de la Santa de Valldemosa. De todas formas, lo que parece tener alguna relación con la anterior creencia,

el hecho de que en dicha villa, y de muy antiguo, se viene venerando una imagen de Sor Catalina Thomás.

Hasta aquí, es cuanto sobre este particular ha podido recopilar el autor de estas líneas que, sin pretensiones, quiso aportar para el mejor conocimiento de una faceta, por demás simpática, del culto foráneo a nuestra incomparable Santa Catalina Thomás.